

dadera medida del poder de unas culturas sobre otras. Es la idea del vacío en las pequeñas fisuras que quedan entre uno y otro mundo.

La reciente colaboración entre el pintor Darío Álvarez Basso y Danat Dansa intenta escudriñar estas mitologías. En las piezas concebidas por Álvarez Basso para el espectáculo *La japonesa o la imposible llegada a Dédalo* se nos matiza esta intersección con la cultura occidental. La precipitación al vacío aquí tiene otro giro: una cultura a la que no se puede destruir, pero que no lleva a la japonesa a autodestruirse. No se llega a Dédalo, pero sus vislumbres se perciben a lo lejos. Ésta es la función de los paracaídas diseñados por Álvarez Basso. Que el imposible no desemboque en la muerte sino en un cúmulo de intersecciones. Es así como aquí tratamos con el fin del tiempo sucesivo —Occidente es más bien un reloj— y la aparición de acciones simultáneas. *La japonesa...* nos habla de una historia en la que el principio y el fin —Dédalo— no son inalcanzables y todo ha de jugarse en los intermedios.

Dédalo, el pintor, ha trazado el camino de la trama. Dédalo dibuja el laberinto de Creta. Y Dédalo despliega los obstáculos para no invocar el encuentro, que es lo mismo que no invocar la muerte. También Daedalus (Stephen) construyó el laberinto del *Ulises* en Dublín; dentro de otra isla. Siguiendo estos pasos, Álvarez Basso ha creado el laberinto y la forma de amortiguar la caída. Por eso la suya —así como la historia de Danat Dansa— es una historia matizada por tramas que, anulando la posibilidad del encuentro, anulan la posibilidad de la muerte.

No es posible levantar el vuelo, pues estamos entre nuestros pies y nuestros sueños. Si lanzas las telas permaneces inmóvil. Si te mueves, te enredas en las telas. Es así de sencillo: o tienes movimiento, o tienes

espacio. Quietud-espacio. Movimiento-tiempo. En su sistema poético, José Lezama Lima lo dejaba bien claro: *a medida que el ser se perfecciona, tiende al reposo*. Dédalo no se puede alcanzar porque el nuestro es un mundo simultáneo que rompe la sucesión del tiempo. Aquí se asciende, se acarrea, se circula, se avanza o se retrocede; todo a la vez. Las acciones simultáneas nos ofrecen una sensación de quietud. Como un balancearse sobre el tiempo. No es matarse para matar el tiempo. No es avanzar para agotarlo. Es colocarse a un costado del tiempo lineal, de la acción, de la vida. Sobrevolarlo, si se quiere. La cultura occidental parece prometernos, con Dédalo, el horizonte de lo que no es alcanzable. La cultura oriental parece implicarnos en lo que no será cognoscible. En una la meta. En la otra el misterio.

3. Misterios semejantes estaban ya explorados en las piezas anteriores de Darío Álvarez Basso. Un joven pintor gallego, aunque nacido en Caracas en 1966. Álvarez Basso es un pintor “canónico” y, desde esta disposición, se abre a múltiples campos. Discípulo de Eduardo Arroyo, Darío Villalba y Pérez Villalta, conectado con las influencias de Tàpies y de Klee, la suya es una mirada sobre el pasado y sobre Oriente, pero su estrategia tiene que ver primero con las formas de indagar en el tiempo antes que en el espacio. Aún en este espectáculo-exposición —y aún en la creación del laberinto, que es el espacio por excelencia— Álvarez Basso lo que hace es reflexionar sobre el tiempo. Sea por la convención de arropar formas y usos pictóricos anteriores a los suyos, sea porque al pintar otros mundos (Magreb, Asia, Japón, Creta) lo que realmente traza es el tiempo que estos mundos nos conceden.

En este sentido, Álvarez Basso confisca los orígenes de la civilización para usarlos en el presente, con sus peculiares maneras

de advertir que es un contemporáneo. Álvarez Basso es un pintor autodidacta y a la vez canónico, que incorpora su nomadismo a la quietud, que es capaz de pintar la mirada hacia nosotros, con una intensidad simbólica desde una economía de medios, transvanguardista y sacra. El suyo es un uso místico y amortiguado. De ahí que ni las telas ni lo que representa el espectáculo nos ofrezcan una propuesta radical, sino la mediana que queda de los desencuentros entre unas culturas y otras. Hace planear el pasado sobre el presente, mas no precipita uno sobre otro de un modo fatal. Estas preocupaciones estaban ya en una exposición anterior: *Aníbal contra Roma. La forma contra la potencia*. Siempre hay una forma de barbarie que acecha a la civilización occidental y que, al mismo tiempo, es menos bárbara que ésta. Álvarez Basso se ha ocupado ya de Asia a la que, siguiendo a Malraux, no le concede propiedades idílicas, pero en la cual hay cierto espíritu de guía: Oriente orienta. Para Álvarez Basso, entonces, pintar Asia significa también pintar en círculos. Activar un tiempo circular. M^a Ángeles Villalba Salvador, por ejemplo, ha anotado su ir contracorriente en el arte de sus contemporáneos, así como la influencia de sus viajes —Ecuador, París, Marruecos— en la forma de componer sus piezas.

Álvarez Basso es un pintor de la mirada y, en más de un sentido, del “instante”. Mezclar el Medioevo con Asia, el mundo árabe o Creta, es una aproximación sagrada y ritual a la composición de piezas, series —una mitología personal. El modo de pintar un tiempo alternativo al nuestro, y que sólo otros espacios poseen. No le interesa tanto a Álvarez Basso el espacio que pinta como la persistencia simbólica de esos espacios. No las religiones, sino sus iconos. No las lenguas, sino el sentido estético de su caligrafía. No la noche, sino el modo en que la mirada la construye. No ya las naciones sino